



CANTO A LA VIRGEN DE LA VID

“Temblando en el alma de los mayores se va la primavera”.

La tarde estaba vestida de juvenil primavera, apacible, serena y el amarillento sol en su ocaso se iba desmayando paulatinamente. Llegamos a LA VID, aromatizada de mil perfumes y esencias provenientes del monte, el río y el cielo, respondiendo a la cita de mayores de 65 años y después de pensarlo en el viaje, desde la entrada del monasterio me dirigí, con paso lento, hacia la iglesia y la espadaña me detuvo para que me fijara en ella, es alta y esbelta como una modelo de pasarela y hasta la han hecho la cirugía para que sea más bella y está casi perfecta. Ante mi fija mirada parecía que se empinaba y erguía como ciprés que mira al cielo y en mi interior sus bruñidas campanas tocaban a gloria. Entré en el templo, esa iglesia tan grande y solitaria, tan artística y tan vacía casi siempre. Miré hacia el fondo y en la lejanía divisé a mi VIRGEN DE LA VID. Mi corazón dio un vuelco y me sentí como un niño. ¿Puede un hijo vivir sin su madre o un enamorado respirar sin su amor?. Me senté en el último banco porque recelaba y sentía cierto rubor, llevaba pequeños jirones y rasguños producidos por las zarzas de la vida, porque me había descuidado un poquito. Recapacité un instante y fui ganando bancos hasta llegar al primero y allí tomé asiento de nuevo. Tardé en comunicarme con ella porque desde hacía cierto tiempo la tenía semiolvidada y nuestras relaciones se habían enfriado. Parece que me hizo un guiño al mirarla detenidamente y como si pidiera que me acercara más y, así lo hice. Subí al altar y la saludé diciendo bien fuerte: “AVE MARÍA”. No me presenté porque ella ya sabía mi nombre desde mis años juveniles. En un viejo sillón frailuno me recosté y ¡qué bien estaba sin decir palabra, solo mirándola!. Mi corazón se iba enardeciendo como el de los discípulos junto a JESÚS camino de EMAÚS. Pasé un gran rato contemplándola, solamente mirando su hermosísimo rostro y le expuse mi propósito: “vengo, SEÑORA, a esculpir tu retrato en mi alma para llevarte conmigo”.

La luz que poco antes entraba a raudales por el amplio rosetón y los espaciosos ventanales de la gigantesca cúpula se desvanecía y atardecía casi subrepticamente.

La VIRGEN está en una hornacina, sentada majestuosamente

en su trono. ¿Será posible, MARÍA, la sierva, la humilde, la sencilla sentada en un trono?. Déjame, por favor, REINA, que me fije en tus rasgos preciosos, en tu primorosa vestimenta, en tu serenísima pose, pero permíteme, sobre todo, que me fije y extasíe en tu NIÑO, en tu hermosísimo HIJO. Permanecí un gran rato en silencio hasta que la luz solar se esfumó definitivamente. Me regocijaba inte-

riormente pensando en mi MADRE y exultaba de gozo porque la gracia del SEÑOR y el cariño de mi amada estaban conmigo.

Ya sé, SEÑORA, que aquí todo gira en torno tuyo: el imponente templo, el gozoso retablo, los mágicos espejos y las luces son para que estés más bella, para que te encontremos más guapa. Estoy seguro que hasta los ocho angelotes del altar cuando estás sola te rondan dulcemente y te cantan hermosas melodías.

Artísticamente, LA VIRGEN DE LA VID, es una magnífica e incomparable talla de piedra de estilo gótico y policromada. Con el lento y suave atardecer la estatua perdía sus colores naturales, pero no importaba, en mi alma LA VIRGEN se hacía más resplandeciente, pues su imagen estaba ya grabada a cincel en mi interior. LA VIRGEN es morena, esbelta, con pelo azabache y está coronada por una diadema, ¿será de oro? no, de amor; frente amplia, ojos oscuros y cara de encanto maternal, en sus labios sonrosados se dibuja el inicio de una sonrisa divina. Tiene en su mano derecha una ramita de vid, de ahí su nombre, con su amorosa mano izquierda sostiene cariñosamente al NIÑO junto a su corazón para que oiga mejor sus latidos, sentado sobre sus rodillas. LA VIRGEN y el NIÑO siempre sonríen. Un amplio manto irisado cae desde sus hombros hasta los pies y un tenue vestido, abrochado junto a su delicado cuello cubre su cuerpo. El NIÑO viste de color rojo, porque es fuego y amor, LA VIRGEN verde esperanza y azul celeste porque es vida y pureza. Remiré en los espejos la cara de LA VIRGEN y me parecía cada vez más linda y encantadora. Mi alma también iba ganando en blancura a medida que la contemplaba. Desde lo más profundo de mi interior le dirigí, como despedida, esta sincera y humilde plegaria: “LIMPIA, SEÑORA, MIS OJOS QUE ESTÁN IMPUROS, PURIFICA MIS LABIOS QUE ESTÁN MANCHADOS, SANA MI CORAZÓN (EN ESTE CASO MI PULMÓN) QUE ESTÁ HERIDO, PORQUE PEREGRINO Y ENFERMO VUELVO A TI”.

Mi VIRGEN DE LA VID es sencilla, hermosa y gentil, “filigrana hecha sonrisa”.

P. José M^a Fernández Luengos.
(14 de junio, 2013).

